

— ¡Su probio! gritó la Descoings.
— Ó sales ó me matas! exclamó José, que se tiró á su hermano con furor de león.

— ¡Dios mío, Dios mío! » dijo Ágata levantándose y queriendo separar á los dos hermanos.

En aquel momento entraron Bixiou y el médico. José había tirado al suelo á su hermano.

« Es una fiera, decía. No hables ó te...

— Me las pagarás, bramaba Felipe.

— ¿Una explicación de familia? dijo Bixiou.

— Levántenlo, dijo el médico; tan enfermo está como la anciana; desnudadlo y acostadlo.

— Fácil es de decir, objetó Bixiou, que no podía sacarle las botas; hay que cortárselas, están hinchados los pies. »

Cogió Ágata unas tijeras. Una vez que hubo hendido el cuero de las botas, que entonces se llevaban por encima del pantalón ceñido, diez piezas de oro rodaron por el suelo.

« Ahí lo tiene, su dinero, murmuró Felipe. Bruto de mí, se me olvidó acudir á la reserva! ¡También á mí se me ha escapado la fortuna! »

Tremenda fiebre invadió á Felipe y se puso á delirar. José, ayudado por Desroches, que en aquel momento regresaba, y por Bixiou, pudo llevar al desgraciado á su cuarto. Tuvo el médico que mandar á pedir una camisa de fuerza en el hospital de la Charité, pues á tal punto llegó el delirio que temían que el enfermo se matara: se puso furioso. A las nueve quedó más sosegada la casa. El abate Loraux y Desroches trataban de consolar á Ágata, que no cesaba de llorar á la cabecera de su tía; escuchaba lo que le decían, pero no contestaba una palabra; únicamente José y la Descoings conocían toda la extensión de su herida interna.

« Se corregirá, mamá, dijo por fin José, ya que se hubieron marchado, Desroches y Bixiou.

— ¡Oh! exclamó la viuda, tiene razón Felipe; mi padre me ha maldecido. No tengo derecho á... Aquí está el dinero, le dijo á la Descoings reuniendo á los trescientos francos de José los doscientos hallados sobre Felipe.

— Vete á ver si no hay que darle alguna toma á tu hermano, le dijo al menor.

— ¿Cumplirá usted lo que me promete en este instante solemne? dijo la Descoings, que sentía nublarle la inteligencia.

— Sí, tía.

— Bueno, pues júreme que dará sus fondos en renta vitalicia al hijo de Desroches. Le va á faltar á usted mi renta, y según lo que le oigo decir á usted, capaz sería de dejarse chupar los tuétanos por ese miserable...

— Se lo juro, tía. »

La antigua tendera falleció el 30 de diciembre, cinco días después del tremendo golpe que tan inocentemente le había asestado el viejo Desroches. Los quinientos francos, único dinero que había en la casa, bastaron apenas para pagar el entierro de la viuda Descoings. Sólo dejaba ésta algunos cubiertos de plata y unos cuantos muebles, cuyo importe fué entregado al nieto por la señora de Bridau. Reducida á los ochocientos francos de renta vitalicia que consintió en darle el hijo Desroches por los doce mil francos, Ágata despidió su cuarto del tercero y vendió los muebles inútiles. Cuando, al cabo de un mes, entró en convalecencia el enfermo, Ágata le explicó fríamente que los gastos de la enfermedad habían absorbido todo el dinero disponible; desde aquel día tendría ella que trabajar para vivir. Le aconsejó, pues, de la manera más afectuosa, que volviera á la milicia y que ganara para sí mismo.

« Bien pudo usted ahorrarse ese sermón, dijo Felipe mirando á su madre con absoluta indife-

rencia. De sobra comprendo que ni usted ni mi hermano me quieren. Estoy solo en el mundo. ¡Buena, pues me alegro!

— Hágase usted digno de nuestra afección, le contestó la madre, hondamente herida, y se la devolveremos.

— ¡Necedades! » exclamó interrumpiéndola.

Tomó su raído sombrero, su bastón, y echó á andar por las escaleras, silbando.

« Felipe, ¿dónde vas sin dinero? le gritó su madre, que no pudo retener sus lágrimas. Toma.... »

Y le tendió cien francos en oro envueltos en papel. Subió Felipe algunos peldaños y tomó el dinero.

« ¿Qué, no me besas? » dijo Ágata llorando.

Abrazó á su madre, pero sin esa efusión de sentimiento que realza el beso.

« ¿Y adónde te diriges? »

— Á casa de Florentina, la querida de Giroudeau. ¡Eños sí que son amigos! añadió brutalmente. »

Y bajó; se entró Ágata, temblándole las piernas, derramando lágrimas, y angustiadísima. Se puso de rodillas y rogó á Dios que tomara bajo su protección á aquel hijo desnaturalizado, y abdicó de su pesadísima maternidad.

En febrero de 1822 se había instalado la señora de Bridau en la habitación que antes ocupara Felipe, situado por encima de la cocina de su antiguo cuarto. Enfrente estaban el estudio y el dormitorio del pintor, del otro lado de la escalera. Al ver á su madre reducida á tan duro extremo, había querido José que siquiera estuviese lo mejor posible. Ya una vez libre de su hermano, se ocupó en arreglar la bohardilla, á la que dió cierto sello artístico. Puso una alfombra; y la cama, muy modesta, pero puesta con mucho

gusto, adquirió cierto aspecto de sencillez monástica. Las paredes, cubiertas de percalina barata, de color en armonía con los muebles, pintados de nuevo, hicieron aquel interior elegante y limpio. Añadió José, una mampara en el descansillo, con una cortina por dentro. Quedó oculta la ventana por un transparente que daba una luz suave. Si se reducía la vida de aquella pobre madre á la más simple expresión que pueda tomar en París la vida de una mujer, siquiera le fué á Ágata mejor que á otra cualquiera, merced á su hijo. Para evitarle á su madre tareas penosas, se la llevó todos los días á comer á una fonda de la calle de Beaune, adonde iban mujeres decentes, diputados, gente bien educada, y que costaba noventa francos mensuales por persona.

Encargada únicamente del almuerzo, volvió Ágata, con el hijo, á las costumbres que en otro tiempo tenía con el padre. Á pesar de las piadosas mentiras de José, acabó por saber que su comida le costaba unos cien francos. Asustada por la enormidad de aquel gasto, y suponiendo que no ganaría mucho su hijo pintando mujeres desnudas, consiguió, merced al abate Loraux, su confesor, una colocación de setecientos francos anuales en un despacho de lotería que pertenecía á la condesa de Bauvau, viuda de un jefe realista. Los despachos de loterías, recurso de las viudas protegidas, daban lo suficiente para que además viviera el administrador que arrendaba un despacho. Pero en tiempo de la Restauración, la dificultad de recompensar, en los límites del gobierno constitucional, todos los servicios prestados, hizo dar á mujeres de la aristocracia necesitadas, no uno sino dos despachos de lotería, cuya renra anual era de seis á diez mil francos. En semejante caso, no estaba la agraciada misma al frente del despacho, sino que tenía gerentes

interesados. Cuando eran solteros dichos gerentes, no podían pasar sin un empleado, pues siempre tenía que quedar abierto el despacho desde por la mañana hasta las doce de la noche; y además era numerosa la documentación exigida por el ministerio de Hacienda. La Condesa de Bauvau, á la que dió cuenta el abate Loraux de la posición de la viuda de Bridau, prometió, caso de que se marchara su gerente, darle el puesto á Ágata; pero, mientras, concedió á la viuda seiscientos francos de pensión. Obligada á estar en el despacho desde las diez de la mañana, apenas si tenía, la pobre, tiempo para comer. Á las siete de la tarde volvía á la oficina, de donde no salía hasta medianoche. Nunca José, durante dos años, dejó de ir á buscar á su madre para llevarla á la calle Mazarine, y con frecuencia iba á buscarla para ir con ella á la fonda; sus amigos le vieron salir de la Ópera y de brillantes reuniones solo para estar antes de las doce en la calle Vivienne.

No tardó Ágata en hacerse á esa monótona existencia en las que hallan como un apoyo las personas que han padecido mucho moralmente. Por la mañana, después de arreglado su cuarto, en el que ya no había gatos ni pájaros, y preparado el almuerzo en un rincón de la chimenea, lo llevaba al estudio, en donde almorzaba con su hijo. Después arreglaba el cuarto de José, apagaba la lumbre de su propio cuarto, y se iba á trabajar al estudio, al lado de la estufita; salía en cuanto llegaban compañeros ó modelos. Aunque nada entendía de arte, conveniale el silencio profundo del estudio. Con gran sencillez confesaba que no comprendía porqué se daba tanta importancia al color, á la composición, al dibujo. Cuando amigos ó pintores amigos de José, tales como Schinner, Pedro Grassou, León de Lora, muy joven entonces y al que llamaban Mistigris, discutían, miraba

Ágata con atención, y nada veía que diera lugar á tan acaloradas disputas. Confeccionaba la ropa blanca de su hijo y se la repasaba; llegó hasta limpiarle su paleta, y los pinceles, dejando todo en orden en el estudio. Al ver que su madre le tenía tales atenciones, José la mimaba en lo posible. Si no se entendían madre é hijo en cuanto á arte, admirablemente unidos estaban en cuanto á ternura. Tenía la madre su proyecto.

Ya que vió á José tan cariñoso, una mañana, mientras esbozaba un cuadro, que por cierto no fué entendido por los críticos, se aventuró Ágata á decir en voz alta :

« ¿Qué estará haciendo ?

— ¿Quién ?

— ¡Felipe!

— Toma, pues no lo estará pasando bien. Con eso aprenderá!

— Pero si ya ha conocido la miseria... y quizá sea eso lo que lo ha estropeado. Si fuera feliz, sería bueno...

— ¿De modo, querida mamá, que tú crees que ha padecido en su viaje? pues te equivocas : en Norteamérica se ha divertido tanto como aquí.

— Sin embargo, qué horrible sería que padeciese necesidad, tan cerca de nosotros...

— No digo que no; ningún inconveniente tendría yo en dar dinero para él, pero no quiero verle. Ha matado á la pobre Descoings.

— ¿De modo que, repuso Ágata, no harías su retrato ?

Lo haría por tí, mamá, aunque sufriendo el martirio. Trataría de no acordarme sino de que es mi hermano.

— ¿Su retrato de capitán de dragones, á caballo ?

— Sí, ahí tengo un hermoso caballo, á la manera de Gros, y no sé en qué utilizarlo.

— Bien; pues vete á casa de su amigo á ver qué es de él.

— Iré.

Ágata se levantó, dejando caer al suelo tijeras y labor, y se fué á besar á José en la cabeza, dejando caer lágrimas en su cabellera.

« Es tu pasión, ese chico; después de todo, cada uno tiene una pasión nefasta. »

Por la tarde se fué José á la calle del Sentier y allí vió á su hermano, que sustituía á Giroudeau; había éste pasado á ser cajero de un semanario á cuya cabeza estaba su sobrino. Aunque seguía siendo Finot propietario del periodiquillo fundado por acciones, las cuales habían quedado entre sus manos, el propietario y redactor jefe visible era uno de sus amigos, llamado Lousteau, precisamente el hijo del subdelegado de Issoudun, de quien había querido vengarse el abuelo de Bridau, y, por consiguiente, sobrino de la señora de Hochón. Para complacer á su tío, Finot había nombrado á Felipe en lugar suyo, pero con la mitad de sueldo; además, todos los días, á las cinco, hacía Giroudeau el arqueo y se llevaba el dinero. Colocintada, el inválido que hacía de mozo de oficina y también los recados, vigilaba aún á Felipe; pero éste se conducía bien. Los seiscientos francos de sueldo y los quinientos de su pensión le eran tanto más suficientes para vivir, cuanto que, con lumbre durante el día y sin frío por la noche, en los teatros, adonde iba gratis, sólo en la comida y en el cuarto tenía que pensar.

Se marchaba el inválido á un recado, y cepillaba Felipe sus mangas de percal verde cuando entró José.

« Hola, aquí tenemos al chiquillo, dijo Felipe: oye, comeremos juntos y luego nos iremos á la Ópera, en donde tienen palco Florina y Florentina. Voy con Giroudeau; también tú vendrás, y conocerás á Nathan. »

Cogió su bastón y encendió un puro.

« No puedo aprovechar tu invitación; tengo que acompañar á nuestra madre: comemos en una fonda, por abono.

— ¿Y qué tal sigue esa pobre vieja?

— Pues no sigue mal, contestó el pintor. He terminado los retratos de nuestro padre y de tía Descoings; también está listo el mío, y quisiera dar á nuestra madre el tuyo con uniforme de dragones de la guardia imperial.

— Muy bien.

— Pero tienes que ir á que te pinte...

— Tengo que estar diariamente, en esta jaula para pollos, desde las nueve hasta las cinco.

— Bastará con dos domingos.

— Convenido, pequeño, repuso el antiguo oficial de ordenanza de Napoleón.

Al darle cuenta José á su madre de la situación de Felipe, cuando iban camino de la fonda, sintió que su brazo temblaba; la alegría iluminó aquel rostro ajado; respiró la pobre mujer como si le quitaron de encima un enorme peso. Al día siguiente tuvo para José atenciones inspiradas por su dicha y su agradecimiento: le adornó de flores el estudio y le compró dos floreros. El primer domingo en que había de venir Felipe, preparó Ágata exquisito almuerzo. Todo lo puso sobre la mesa, sin olvidar un frasco de licor, pero sólo á medio llenar. Ella se quedó detrás de un biombo al que hizo un agujero. El antiguo militar había enviado la vispera su uniforme, que no pudo ella menos de besar. Cuando se plantó Felipe, con su uniforme, sobre uno de esos caballos como los que tienen los silleros, y que José había alquitado, tuvo Ágata, para no revelar su presencia, que confundir el ruidillo de sus lágrimas con la conversación de los dos hermanos.

La sesión fué dividida en dos: mitad antes del

almuerzo, mitad después: cuatro horas entre todo. A las tres de la tarde, volvió el dragón á sus costumbres, y mientras fumaba un puro, por segunda vez le propuso á su hermano ir á comer junto al Palais-Royal.

Hizo sonar oro en su bolsillo.

« No, contestó José; me asustas cuando te veo con dinero. »

— ¿Por lo visto siempre pensaréis mal de mí, en esta casa? exclamó con voz de trueno el soldado. ¿De modo que no puede hacer uno algunas economías?

— No, no, contestó Ágata saliendo de su escondrijo, y yéndose á besar á su hijo. Vámonos á comer con él, José. »

No se atrevió José á reñirle á su madre; se vistió y los llevó Felipe á una fonda donde la comida que les dió ascendió á cien francos.

« Oye, oye, observó José, me parece que no es con tu sueldo con lo que puedes ahorrar tanto dinero.

— Es que estoy de suerte, contestó Felipe, que había bebido mucho. »

Al oír tal palabra en el momento de subir en coche para ir al Circo Olímpico, único espectáculo que le permitía á Ágata su confesor, José apretó el brazo de su madre y fingió ésta una repentina indisposición. Entonces acompañó Felipe á su madre y á su hermano hasta la calle Mazarine, en donde, una vez sola con José, guardó profundo silencio.

El domingo siguiente, volvió Felipe. Esta vez, su madre asistió visiblemente á la sesión. Sirvió el almuerzo y pudo hacerle preguntas á su hijo. Entonces supo que el sobrino de la vieja señora de Hochón, la amiga de su madre, desempeñaba cierto papel en literatura. Felipe y su amigo Giroudeau se hallaban en una sociedad de periodistas, de actrices, de librerías, y allí estaban como

cajeros. Felipe, que seguía bebiendo licor mientras el otro pintaba, tuvo suelta la lengua. Se jactó de ser algo notable antes de mucho tiempo. Pero al preguntarle su hermano de dónde le venía tanto dinero, no contestó. Por casualidad, no había periódico al día siguiente, por ser fiesta. Propuso Felipe venir también, para acabar cuanto antes, pero le hizo observar José que se acercaba la apertura de la Exposición de pinturas, que carecía del dinero necesario para los marcos de sus dos cuadros, y que no podía proporcionárselo sino terminando la copia de Rubens que necesitaba un tratante en cuadros llamado Magus. Pertenecía el original á un rico banquero suyo, que sólo por diez días lo había prestado y que expiraba el plazo al día siguiente; era, pues, indispensable dejar la sesión para el otro domingo.

« ¿Es ese, el cuadro? dijo Felipe mirando el cuadro de Rubens colocado sobre un caballete.

— Sí, vale veinte mil francos; ahí tienes lo que puede el genio. Hay cuadritos que valen cientos de miles de francos.

— Á mí me gusta más tu copia.

— Es más joven, dijo, riéndose, José; pero mi copia sólo vale mil francos. Tengo que darle mañana unos toques para que pueda confundirse con el original.

— Adiós, madre, dijo Felipe besando á Ágata. Hasta el domingo próximo.

Había quedado Elias Magus en venir por el cuadro al día siguiente. Un amigo de José, que trabajaba para dicho tratante, Pedro Grassou, quiso ver la copia ya terminada. Para ponerlo á prueba, el joven, no bien lo oyó llamar, puso su copia, dada de un barniz particular, en el sitio del original, y colocó el original sobre su caballete. Consignó mistificar á su amigo, que quedó admirado de la maestría de José.

« ¿Serías capaz de engañar al viejo Elías Magus? le dijo Pedro.

— Ya veremos. »

No vino el comerciante, por ser ya tarde. Ágata comía en casa de la señora Desroches, que acababa de perder su marido. Propuso Pedro á José que se fuera á comer con él. Al bajar dejó, como de costumbre, la llave del estudio á la portera.

« Tengo que servirle de modelo á mi hermano, le dijo Felipe á la portera una hora después de haberse marchado el pintor; regresará muy pronto, y mientras, voy á esperarle en su estudio.

La portera dió la llave, subió Felipe, tomó la copia creyendo tomar el original, bajó de nuevo, devolvió la llave diciendo que se le había olvidado algo, y se fué á vender por tres mil francos el Rubens. Tuvo la precaución de ir á decirle al tratante que, de parte de su hermano, retrasara un día más su ida al estudio. Por la noche, cuando regresó José, que había ido en busca de su madre á casa de la viuda de Desroches, la portera le anunció la cortísima aparición de su hermano en el estudio.

« Estoy perdido si no ha tenido la delicadeza de tomar solamente la copia, exclamó el pintor advirtiendo el robo.

Subió rápidamente los tres pisos, se precipitó hacia el estudio y dijo.

« ¡Loado sea Dios! se ha mostrado lo que siempre será, un vil granuja.

Ágata, que había seguido á José, no comprendía el sentido de aquellas palabras; pero ya que su hijo la hubo puesto al corriente, quedó en pie, sin una lágrima.

« ¡De modo que sólo un hijo me queda! dijo con voz débil.

— No hemos querido deshonrarlo ante los extraños, repuso José; pero ahora es menester decirles

á los porteros que no le dejen subir; y además, nos llevaremos nuestras llaves. Acabare de memoria su maldita cara; poco falta ya.

— Déjala como está, sufriría yo demasiado al verla, contestó la madre, herida en lo más íntimo y estupefacta de tanta cobardía. »

Sabía Felipe á qué estaba destinado el dinero de aquella copia; no ignoraba el daño que le hacía á su hermano, y, no obstante, nada respetó. Desde aquel último crimen, ya no mentó Ágata á Felipe, tomó su rostro la expresión de un desconsuelo amargo, frío, concentrado. Un pensamiento la mataba.

« Algún día veremos á Bridau ante los tribunales. »

Dos meses después, cuando iba á entrar Ágata en su despacho de lotería, una mañana, se presentó, para ver á la señora de Bridau, que almorzaba con José, un antiguo militar que decía ser amigo de Felipe y venir para un asunto urgente.

Cuando hubo dicho su nombre Giroudeau, temblaron tanto más la madre y el hijo cuanto que tenía el ex-dragón un aspecto poco tranquilizador. Sus ojos grises apagados, su bigote pío, los restos de su caballera alborotados sobre un cráneo de color de mantequilla; todo aquel conjunto denotaba vicios asquerosos. Llevaba una vieja levita de color gris de hierro adornada por la rosa de la Legión de honor, y que á duras penas se cruzaba sobre un vientre de cocinero en armonía con su bocaza y sus hombros salientes. Su torso descansaba sobre piernas flacas. Finalmente, sus pómulos, amaratados, indicaban su habitual intemperancia. La parte baja de la cara, muy arrugada, sobresalía de un cuello de terciopelo sin pelo. Entre otros adornos, llevaba el antiguo dragón dos enormes anillos de oro en las orejas.

— ¡Vaga un borrachín! pensó José al verle.

— Señora, dijo el tío y cajero de Finot, su hijo de usted se halla en tan cruel situación, que les es imposible á sus amigos no pedirle á usted que comparta las cargas, muy pesadas, que les impone : ya no puede desempeñar su puesto en el periódico, y la señora Florentina, de la Porte-Saint-Martin, lo tiene en su casa, calle de Vendome, en una misera bohardilla. Felipe está moribundo... Si entre su hermano y usted no pueden pagar al médico y los medicamentos, obligados nos veremos, hasta por su bien, á hacerlo transportar á los Capuchinos; en cambio, mediante trescientos francos, seguiríamos cuidándolo, necesita una enfermera. Sale de noche, mientras está en el teatro la señora Florentina, y entonces toma cosas irritantes, contrarias á su enfermedad y al régimen impuesto por el médico; y como le queremos, nos disgusta mucho verle en tal estado. El pobrecillo ha empeñado su paga por espacio de tres años, otro individuo ocupa temporalmente su puesto en el periódico, de suerte que no tiene nada. Y se matará, señora, si no lo hacemos entrar en la casa del doctor Dubois. Ese hospital decente cuesta diez francos diarios. Florentina y yo pagaremos la mitad de un mes; pague usted la otra mitad... ¡Decídase, pues apenas si le quedan dos meses de vida!

— Señor mío, no puede menos una madre de darle á usted eternamente agradecida por lo que con mi hijo está usted haciendo, contestó Ágata; pero ese hijo ya no es nada para mí; y en cuanto á dinero, ninguno tengo. Para no ser una carga para mi otro hijo, aquí presente, que trabaja noche y día, que se está matando y que merece todo el amor de su madre, pasado mañana entro de empleada en una oficina de loterías. ¡A mi edad!

« ¿Y usted, joven, qué me contesta? ¿No hará usted por su hermano lo que por él hacen una bailarina y un antiguo militar?

— ¿Quiere usted que le diga mi parecer acerca de su visita? contestó José impacientado; pues creo que nos está usted contando un cuento.

— Muy bien, pues mañana mismo irá al hospital del Mediodía su hermano de usted.

— Y muy bien que estará allí, contestó José. Si me viera yo en un caso igual, no titubearía en ir. »

Giroudeau se retiró, muy cariacontecido, muy humillado de que tuviera que ir á los Capuchinos un hombre que había llevado órdenes del emperador en la batalla de Montereau. Tres meses después, hacia fines de julio, una mañana, al ir á su oficina, Ágata, que tomaba por el Pont-Neuf para evitar el dar los cinco céntimos del puente de las Artes, vió á lo largo de las tiendas del malecón de la Escuela, contra el parapeto, á un hombre que llevaba la librea de la miseria de segundo orden, y que le llamó sobremanera la atención, de tal manera se parecía á Felipe. Hay, en efecto, en París, tres ordenes de miseria. Primero, la miseria del hombre que salva las apariencias y á quien pertenece el porvenir; miseria de los jóvenes, de los artistas, de los hombres de mundo en momentánea penuria. Sólo un hábil observador puede notar los indicios de esta miseria; constituyen estas personas el orden ecuestre de la miseria : todavía van en coche. En el segundo orden se hallan los ancianos para quienes todo es indiferente, que plantan en junio su condecoración sobre una levita de alpaca. Es esta la miseria de los viejos rentistas, de los empleados jubilados que no se cuidan de exterioridades. Y finalmente hay los harapos, la miseria del pueblo, que por cierto es la más poética, la amada de muchos grandes artistas : Callot, Hogarth, Murillo, Charlet, Raffet, Gavarni, Meissonier.

El hombre en quien creyó Ágata reconocer á su

hijo estaba á caballo entre los dos últimos órdenes. Vió un cuello gastado, una levita raída, con restos de botones, bolsillos sucios y ropa blanca no menos sucia. En vez de pelo tenía polvo la levita.

Sacó el hombre, de un pantalón gris descosido, manos tan negras como las de un obrero. En fin, sobre el pecho, un chaleco de punto, ya pardo por el uso, que sobresalía de las mangas y que se montaba sobre el pantalón, hacía sin duda oficio de camisa. Llevaba Felipe un guardavista de tafetán verde con montura de alambre. Su cabeza casi calva, su color y su flacura decían á las claras que salía del hospital. Su levita azul, raída, llevaba la rosa de la Legión de honor. En aquel tiempo, á pesar de que se quiso rebajar dicha orden con promociones harto exageradas, no pasaban de cincuenta y tres mil las personas condecoradas.

Sintió Ágata un estremecimiento en lo más íntimo de su ser; si no podía ya amar á aquel hijo, todavía podía padecer por culpa suya. Herida por un último rayo de maternidad, lloró al ver que el brillante oficial de ordenanza del emperador, en el momento de entrar en un estanco para comprar un cigarro, se detuvo en el umbral : había registrado sus bolsillos, y ni un céntimo encontró. Ágata atravesó el malecón, sacó su bolsillo, lo puso en la mano de Felipe y se escapó cual si acabara de cometer un crimen. Dos días estuvo sin poder tomar comida alguna; siempre tenía ante su vista el horrible espectáculo de su hijo muriéndose de hambre en París.

« Agotado que haya lo que le he dado, ¿quién le socorrerá? pensaba la pobre madre. No nos mentía Giroudeau : Felipe sale del hospital. »

Ya no veía al asesino de su pobre tía, al azote de la familia, al ladrón doméstico, al jugador, al borracho, al vicioso de baja estofa; sólo veía á un



convaleciente muriéndose de hambre, á un fumador sin tabaco. Á los cuarenta y siete años parecía tener setenta. Sus ojos se ajaron por las lágrimas y la oración. Mas aún le quedaba algo que padecer por su hijo, y se realizaron sus previsiones.

Descubrióse entonces una conspiración de oficiales en actividad de servicio, y fué pregonado por las calles el extracto del *Monitor* que contenía detalles sobre las detenciones. Oyó Ágata desde el fondo de su jaula, en la lotería de la calle Vivienne, el nombre de Felipe Bridau. Se desmayó, y su jefe, que comprendió su angustia y la necesidad que tendría de ir á ver á amigos, le dió quince días de permiso.

« ¡Ah! querido hijo, nosotros, con nuestro rigor, somos la causa de lo que Felipe ha hecho, dijo Ágata al acostarse.

— Voy á ver á Desroches, dijo el pintor. »

Mientras que José confiaba los intereses de su hermano á Desroches, que pasaba por ser el más ladino y el más astuto de los procuradores de París, y que, además, prestaba servicios á varios personajes, entre ellos á des Lupeaulx, á la sazón secretario general de un ministerio, Girondeau se presentaba en casa de la viuda, la cual, esta vez, tuvo confianza en él.

— Señora, le dijo, encuentre doce mil francos y quedará en libertad su hijo, por falta de pruebas. Se trata de comprar el silencio de dos testigos.

— Los tendré, contestó la pobre madre, sin saber de dónde ni cómo ».

Inspirada por el peligro, escribió á su madrina, la vieja Señora de Hochón, que se los pidiera á Juan Jacobo Rouget, para salvar á Felipe. Si rehusaba Rouget, pedía á la Señora de Hochón que se los prestara, comprometiéndose á devolvérselos en el término de dos años. Á correo seguido recibió la carta siguiente :

« Queridita : Á pesar de tener su hermano de usted cuarenta mil francos de renta, sin contar el dinero economizado desde hace diecisiete años, el cual, según el señor Hochón, asciende á más de seiscientos mil francos, no dará un céntimo para sobrinos á quienes jamás ha visto. Por lo que á mi toca, ignora usted que no dispondré de cinco francos mientras viva mi marido, que es el más cumplido avaro de Issoudun; ignoro en qué emplea su dinero, pues no da veinte francos al año á sus nietos. Para pedir prestado necesitaría yo su permiso, y me lo rehusaría. Ni siquiera he intentado que le hablen á su hermano de usted, quien tiene en su casa á una concubina que hace de él lo que quiere. Da lástima ver cómo lo tratan en su propia casa, teniendo, como tiene, una hermana y sobrinos. Varias veces le he dejado á usted entender que su presencia en Issoudun salvaría á su hermano y arrancaríala, para sus hijos, de las uñas de esa cualquiera, una fortuna de cuarenta, ó quizá de sesenta mil francos de renta; pero no me contesta usted, ó parece no haberme entendido. Por eso me veo obligada á escribirle hoy á usted sin ninguna precaución epistolar.

« Mucho me aflige su desgracia, pero sólo puedo compadecerla á usted, queridita. He aquí el por qué de no poderle ser de ninguna utilidad : con sus ochenta y cinco años, mi marido hace cuatro comidas diarias, come ensalada con huevos duros por la noche, y corre como un conejo. Se me habrá pasado la vida, pues él me enterrará, sin haber dispuesto nunca de veinte francos. Si quiere usted venir á Issoudun para combatir la influencia de la concubina de su hermano, como hay motivos para que no le reciba á usted en su casa su hermano, mucho trabajo me costará conseguir de mi marido que se venga usted á esta su casa; pero venga, que en esto me obedecerá. Sé de un medio

para conseguir de él lo que quiero : hablarle de mi testamento. Tan horrible me parece esto, que nunca he acudido á ese medio; pero por usted haré lo imposible.

« Espero que su Felipe quedará libre, sobre todo si toma usted un buen abogado; pero venga cuanto antes á Issoudun. No olvide que con sólo cincuenta y siete años, su imbécil hermano está más viejo que mi marido. Corre prisa el viaje; ya se habla de un testamento que la dejaría á usted sin nada; pero, según dice mi marido, se podría hacer oposición.

« Adiós, Agstita mía, ¡Dios la ayude! y cuente con su madrina que la quiere.

« MAXIMILIANA LOUSTEAU DE HOCHÓN.

« P. D. — Mi sobrino Esteban, que es periodista, y que, según dicen, es amigo de Felipe, ¿ha ido á visitarla á usted? Pero venga; hablaremos de eso. »

Esta carta dió mucho que pensar á Agata; se la enseñó á José, al que tuvo que darle parte de la proposición de Giroudeau. El artista, que se ponía en guardia en cuanto se trataba de su hermano, hizo notar á su madre que había que contárselo todo á Desroches.

Pareciéndole justa la observación, la madre, acompañada de su hijo, se fué al día siguiente, á las seis de la mañana, á ver á Desroches, calle de Bucí. Dicho procurador, seco como su padre, con voz aguda, tez áspera y mirada implacable, cara de zorra que lame de sus labios la sangre de las gallinas, saltó como un tigre al saber la noticia y la proposición de Giroudeau.

« Diga, señora, exclamó con su voz impertinente, ¿hasta cuándo va usted á ser víctima de su

bandido de hijo? ¡No dé usted ni un céntimo! Le respondo á usted de Felipe; para salvar su porvenir es por lo que desco que lo juzgue el tribunal de los pares; teme usted el verle condenado, pero quiera Dios que le deje condenar su abogado. Váyase á Issoudun y salve la fortuna de sus hijos. Si no lo consigue, si ya ha hecho su hermano testamento á favor de esa mujer, y si no sabe usted hacerlo anular, junte siquiera los elementos de un proceso por captación, y yo lo conduciré. Pero es usted demasiado honrada para dar con las bases de una instancia de ese género. Yo soy quien iré á Issoudun durante las vacaciones, si puedo.

Aquel « yo soy quien iré » le dió calofrios al artista. Hizo Desroches una seña á José para que se quedara atrás y le dijo :

« Su hermano de usted es un cumplido miserable; es, voluntaria ó involuntariamente, causa de que se haya descubierto la conspiración; pues es tan astuto el pillo que nada puede saberse respecto del particular. Quedará, sin duda, bajo la vigilancia de la policía, pero de ahí no pasará la cosa. Esté usted tranquilo, sólo yo estoy al tanto de ese secreto. Váyase á Issoudun con su madre; tiene usted talento, trate de salvar esa herencia.

— Vaya, mi pobre mamá, tiene razón Desroches; puesto que he vendido mis dos cuadros y que tienes quince días libres, vámonos á Issoudun. »

Después de escribirle á la señora de Hochón para anunciarle su llegada, Ágata y su hijo se pusieron en camino al día siguiente por la tarde, abandonando á Felipe á su destino. Cuando pasó la diligencia por el Luxemburgo, adonde Felipe había sido llevado, no pudo menos de decir :

« Sin los aliados, no estaria ahí. Muchos hijos se hubieran impacientado, se hubieran sonreído, por lástima; pero el artista, que se hallaba solo con

su madre en la berlina, la estrechó contra su corazón, diciéndole :

— ¡Oh madre, eres madre como Rafael era pintor!... Y siempre serás una tonta de madre. »

Distraída de sus penas por las vistas del camino, tuvo la señora de Bridau que pensar en el porqué de aquel viaje. Naturalmente, leyó de nuevo la carta de la señora de Hochón que tanto había impresionado al procurador Desroches. Llamándole entonces la atención las frases duras con que calificaba á la mujer que vivía con su hermano aquella septuagenaria tan piadosa como respetable, y que también llamaba imbécil á su hermano, se preguntó cómo podría, por su presencia en Issoudun, salvar una herencia. José, pobre artista lleno de desinterés, poco sabía de las cosas del código, y le preocupó la exclamación de su madre.

« Antes de enviarnos á salvar una herencia, bien pudo nuestro amigo Desroches indicarnos cómo se hacen esas cosas, dijo el joven.

— Si mal no recuerdo, á pesar de lo que me preocupa la situación de Felipe, preso, quizá sin tabaco, y á punto de comparecer ante el tribunal de los pares, nos ha dicho Desroches que juntemos los elementos de un proceso por captación, para el caso en que hubiese hecho mi hermano testamento á favor de esa... esa... mujer.

— ¡Tiene gracia Desroches!... Bueno, si no damos nosotros pie con bola, le diré que vaya él.

— No nos cansemos inútilmente la cabeza; una vez en Issoudun, mi madrina nos guiará.

Esta conversación entre madre é hijo en momento en que, después de mudar de coche en Orleans, entraban en la Sologne, indica lo suficiente la incapacidad de uno y de otro para desempeñar el papel de que les encargara el terrible Desroches. Pero al llegar á Issoudun al cabo de treinta años de ausencia, algunos cambios iba á encontrar

Ágata en las costumbres, por más que el distintivo de esa comarca es el horror á todo cambio.

En una ciudad sin actividad alguna, ni comercial, sin afición á las artes, sin ocupaciones sabias, en donde cada cual se queda metido en su casa, tenía que suceder lo que sucedió, bajo la Restauración, en 1816, una vez terminada la guerra, que, entre los jóvenes de la ciudad, varios carecieron



de carrera y no supieron qué hacer, mientras llegaba la hora de casarse ó de heredar á sus padres. Aburridos en su casa, ninguna distracción hallaron dichos jóvenes en la ciudad; y como, según dicen, es menester que la juventud se divierta, se divertieron á costa de la ciudad misma. Difícil les fué operar á la luz del día, pues los hubieran conocido, y,

al cabo de muchas farsas, acabaran por ser llevados ante los tribunales; de modo que, con buen sentido, eligieron la noche para sus bromas. Así fué cómo, en aquellos antiguos restos de tantas civilizaciones desaparecidas, brilló cual postrera llama un vestigio de la afición á lo gracioso que distinguía las antiguas costumbres. Dichos jóvenes se divertieron como en otro tiempo se divertían Carlos IX y sus cortesanas, Enrique IV y sus compañeros, y como se divertía antes la gente en muchas ciudades de provincia. Una vez confederados por la necesidad de ayudarse, de defenderse y de inventar bromas, se desarrolló en

ellos, por el choque de las ideas, esa suma de malicia inherente en la juventud y que se nota hasta en los animales. La confederación les proporcionó, además, los placeres que nacen del misterio de una conspiración permanente. Llamáronse *los caballeros de la ociosidad*.

Durante el día, aquellos pilletes eran unos benditos, aparentando suma tranquilidad; y además,



dormían hasta muy entrado el día después de las noches en que habían cometido alguna fechoría. Los caballeros de la ociosidad comenzaron por farsas vulgares, cual es el arrancar y mudar de sitio los letreros de las tiendas, el llamar á las puertas, el precipitar con estrépito en la bodega del vecino un tonel olvidado por otro ante su puerta, lo cual despertaba al vecino, que creía ser víctima de una explosión. En Issoudun, como en muchas ciudades, se baja á la cueva por una abertura situada á la entrada de la casa y cerrada por una tabla provista de un candado. Dichos pilletes no habían pasado,